

Festival Internacional de Buenos Aires

Roberto Perinelli

Una certeza estaba establecida en Buenos Aires, casi con carácter de mito – había que organizar un festival internacional de teatro. Acompañaba a esta certeza una sensación culposa, como si todos, teatristas o no, fuéramos responsables de la postergación de un hecho irrenunciable y obligado. La ciudad, tal vez la depositaria de la más intensa actividad de América Latina (un español aseguró, en pleno festival, que es la tercera del mundo, después de Londres y Nueva York), se lo merecía. Hubo intentos, claro. Entre los que tomaron luz pública se menciona el proyecto que en 1988 comenzó a diseñar el señor Kive Staif, por entonces director general del Teatro General San Martín (el más importante e imponente teatro de la comuna de Buenos Aires), que se hizo trizas contra la crisis económica y política que marcó el precipitado fin del gobierno del presidente Alfonsín en 1989, reemplazado de prisa por Carlos Menem. Habrá habido otros, sin duda, que no alcanzaron el estado público del proyecto mencionado, pero la concreción recién tuvo lugar este año, como consecuencia de una promesa de las nuevas autoridades culturales de la ciudad, que tomaron el cargo en 1996, y que se comprometieron a dar curso a una fiesta que, repetimos, Buenos Aires se merecía.

En el marco del festival, que tuvo lugar entre los días 2 y 12 de octubre, la Fundación Carlos Somigliana, en su carácter de entidad reconocida por su incansable tarea de apoyo a la dramaturgia local, fue convocada para organizar un encuentro de autores del continente y de España. Por cuestiones ajenas a los deseos de la Fundación, la decisión de llevar a cabo el evento programado se fue postergando (imaginamos que, como siempre, las cuestiones presupuestarias exigieron meditar en exceso), de modo que las invitaciones tuvieron, por fin, que ser enviadas con una diferencia con la fecha de comienzo de las actividades realmente escasa, lo que impidió que la asistencia de autores fuera mayor. No obstante se obtuvo la concurrencia de un núcleo representativo: Marco Antonio de la Parra de Chile; Mauricio Rosencof, Luis Masci y Eduardo Sarlós, los tres de Uruguay; César Vieira de Brasil; César de María de Perú, Guillermo Schmidhuber de la Mora de México; Pedro Monge Rafuls, autor

cubano que trabaja en Nueva York; y Víctor Viviescas de Colombia. Se sumó un representante de España, Iñigo Ramírez de Haro, que a su condición de autor unió su carácter de Director de Programación de la Casa de Américas y el aporte de proyectos de promoción de la dramaturgia latinoamericana que resultan muy interesantes.

A las deliberaciones de este congreso, que tuvieron lugar en el Teatro del Pueblo, sede de las actividades artísticas de la Fundación Somigliana, se sumaron los siguientes autores argentinos: Jorge Leyes, Ricardo Halac, Carlos Gorostiza, Mauricio Kartun, Roberto Cossa, Elio Galipoli y Javier Daulte.

Roberto Perinelli y Eduardo Rovner, integrantes de la Fundación Carlos Somigliana, tuvieron a su cargo la coordinación del encuentro en sus primeros tres días de exposiciones (6, 7 y 8 de octubre, en doble jornada) unidos por un tema común: ¿Qué te pasó con tu última obra? El propósito, transparente desde la adopción de tan pragmático título, fue que los autores encararan su participación desde el lugar concreto de la práctica de la escritura.

Las intervenciones, algunas escritas con anterioridad, otras desarrolladas en el mismo momento de la exposición, colmaron las expectativas. Detallar cada una significaría superar con creces la pactada extensión de esta nota, pero es posible sintetizar que no sólo fue posible advertir problemas comunes, sino la orgullosa y pertinente decisión de los autores de asumirse como escritores, de salir del rol de simple guionista del espectáculo, de llevar adelante una tarea que, como señaló en algún momento Marco Antonio de la Parra, instale a la dramaturgia como una de las bellas artes.

En los otros tres días del encuentro (9, 10 y 11 de octubre, por mañana), el encuentro se desarrolló dentro de otras pautas. El tema fue “Problemas de la dramaturgia iberoamericana de fin de siglo” y contó con el aporte del GETEA, un grupo de estudiosos vinculados con la Universidad de Buenos Aires que desde hace años desarrolla investigaciones sobre el teatro argentino e iberoamericano.

A la coordinación de Perinelli y Rovner se sumó el director del GETEA, Osvaldo Pellettieri, y a las actividades un panel de investigadores de la institución – Mirta Arlt, Ana Laura Lusnich, Laura Mogliani, Martín Rodríguez, Marina Sikora y Beatriz Trastoy – que tuvieron delante, jornada tras jornada, a todos los autores extranjeros invitados, a los nacionales que ya mencionamos y a otros que aportaron sus opiniones acerca de cuestiones expresadas más puntualmente, tal como la relación de los autores con los otros estamentos del teatro y la adecuación de la dramaturgia ante esta contradicción de lo moderno y lo posmoderno. Cabe mencionar la presencia de los autores nacionales Bernardo Carey, Osvaldo Dragún, también integrantes de la Fundación

Somigliana, Ignacio Apolo, Alejandro Tantanián, y el director español Guillermo Heras, de valiosa presencia por su conocimiento y tránsito de la dramaturgia más nueva de su país. Como es frecuente, en tren de alcanzar respuestas a las preguntas, la reflexión llevó a establecer nuevas preguntas, que nunca pueden responderse en el exiguu margen temporal de estos encuentros, que superan cualquier planificación y parecieran exigir más tiempo que el que originariamente le ha acordado la organización. No obstante hubo definiciones que, hoy en día, alcanzan firmeza. Cada asistente sabrá cuál le cuadra mejor y cuál le sirve para seguir trabajando en este terreno vital del teatro, acaso el más inquietante y pujante del área iberoamericana. No obstante este carácter abierto de las conclusiones finales incluyen sin ninguna duda esa decisión de los autores de ser protagonistas del hecho teatral, sin la condición de propietarios absolutos que alguna vez gozaron en la extensa historia del teatro, pero sí determinante y superadora de esa posición relegada que alguna vez dispusieron para los dramaturgos los campeones de la creación colectiva o los voceadores de la muerte del texto.

Cabe, por último, señalar que el encuentro fue atravesado por una noticia sensacional, que en Buenos Aires al menos se conoció el miércoles 8: la decisión de la Academia Sueca de otorgar el Premio Nobel a Dario Fo. Fue, como lo interpretamos todos, un premio al teatro. A nosotros también, ya que vivimos por esta causa.

Buenos Aires
Fundación Carlos Somigliana
(octubre de 1997)